

LOS ARRECIFES DE CORAL

Federico Ferrando

Yo experimenté una especial satisfacción siendo amigo de Horacio Quiroga porque es un joven sensato, aunque de un taltento amenazador. Tiene una idea benévola respecto a infinidad de cosas y la tranquilidad de su espíritu sobrepasa, indudablemente, la mía. En su primer año de trabajo ha escrito *Los arrecifes de coral*, de herediano nombre, visible desde hace algunos días, y en los años que vendrán fabricará más plausibles libros, cuya sabiduría se puede presumir después de leer este primero. No tiene nada de decadente ni de las demás falsías literarias análogas y es sabido que quienes son más nombrados entre los muchachos ascendentes, en estos días felices, no merecen nuestra admiración por tal o cual proclamación de principios, sino por sus provechosos versos, comentables en más de un sentido. Tales, Hugo, Samain, Lugones.

Quiroga se pone lleno de saludable excitación cuando lee a estos frescos poetas, y no hay duda que nuestras palabras se mezclan para ponderar tal o cual habilidad prodigiosa, tal o cual descubrimiento, hecho por alguno de ellos en una combinación grave de palabras. Mientras tanto, corren voces de que toda decadencia ha muerto, y ya nadie piensa sino en trabajar, riéndonos de haber creído en nuestra infancia que aquí estábamos con un alma vieja en un cuerpo joven y las demás tonterías francesas con que los débiles se han envenenado en todo el correr del siglo último. Y así Des Esseintes y Greslou y Verlaine (que fue, tal vez, un personaje de novela pesimista andando por el mundo) y Demailly, y los inocentes, aunque más sinceros, del romanticismo, tales como Werther; todos esos personajes, que echan a perder lo menos un año de cada lector accesible a los nerviosismos dolorosos, han perdido su prestigio y nos aparecen falsos y antipáticos. (Confesión de esta verdad es la de D' Annunzio, que después de *El Triunfo de la muerte*, evoluciona hacia *El Triunfo de la vida*, habiendo sobrevivido a los monólogos suicidas de aquel pálido Jorge, tan sin razón despeñado horrorosamente).

Y he aquí que la alegría no era cosa perdida, como se empeñaba en probarlo el exagerado Bourget, ya que en esa Francia de jóvenes que se pintan cuidadosamente de negro la barriga y van a festines cadavéricos, nació Samain, sano en todo su cuerpo y en toda su alma, que jamás

pensó en la obscuridad del destino humano, en el *neat*, ni en la famosa carga del pasado. Y yo creo que si esas gentes de alma pequeña pensarán que la tristeza no predispone en ninguna manera para escribir (ejemplo: el naufragio del naturalismo y de la decadencia, de donde solo han salido triunfantes los que llevaban dentro la salud y la vida, Zola, que cambió tan oportuna y provechosamente sus inclinaciones hacia la desgracia y Samain, que bien pronto se desligó de las maneras de Baudelaire y Verlaine, perdidas de esterilidad) la abandonarían, pues es seguro que en medio de la farsa dolorosa que los consume el único resto de su sinceridad es el amor desinteresado por las letras.

* * *

Yo tengo muchos deseos de alabar la exactitud de la dedicatoria. Como he dicho más arriba, Lugones es un gran poeta, con honda satisfacción de los que le leemos; y parece así natural que todos sintamos la necesidad de expresarle tamaña certidumbre en las ocasiones más oportunas y con palabras que den bien a entender nuestra admiración.

Yo me supongo la influencia de Hugo sobre la juventud del año 30, la fecha más literaria de todos los tiempos.

Y aunque tenga de Hugo la idea más grande que se pueda tener respecto a un poeta, y aunque no pase día sin que relea *La muerte de Mahoma*, *Jesús en Bethania*, y tantas poesías de aquel viejo prodigioso, que ha saltado triunfalmente por encima del naturalismo, no dejo de comprender que Hugo, a los 27 años, no había de ningún modo hecho lo que Lugones, quien, después de su revelación de *Las Montañas de Oro*, se ha creado una poesía sin tradición, en la que ha dicho cosas jamás oídas hasta estos días, todo lo cual publicado en distintas revistas, veremos junto en un libro que se llamará *Los crepúsculos del Jardín*. A más de esto, Lugones ha triunfado en todos los géneros en que ha escrito. *El solterón*, poesía de medios tonos (no como las famosas poesías de medios tonos de Verlaine, las cuales, impotente el autor para alcanzar con exactitud los versos, se ha contenido en llamar farsantemente *deliciosas vaguedades*, etcétera), nacida tal vez de la *Sinfonía en gris mayor*, de Darío, demuestra un poder inmenso, una facultad especial para explotar cualquier género marcándolo en seguida con la peculiaridad suya.

Es una composición larga. Su tamaño no deja lugar a dudas respecto a ese poder de explotar cualquier género conquistándolo. Yo estoy seguro de que cuando Lugones quiera hará de nuevo versos en esa manera, lo que le da un parecido sobresaliente con Hugo, que bien sabe-

mos era capaz de recorrer todos los países literarios triunfando en todos. Y no nombro los versos más grandes que ha escrito, tales como los doce sonetos que publicó *La Quincena*, la *Romántica*, cuatro sonetos geniales, de una literatura inesperada y universal, como *El Cuervo* tal vez, porque para cada uno de ellos tendría un comentario admirable y no concluiría nunca. Baste decir que la publicación de *Los Crepúsculos* hará célebre a Lugones en todo el mundo y que *La guerra gaucha*, una obra en prosa que prepara, ha de darle un prestigio inmenso en la América del Sur, donde nadie ha escrito hasta ahora literariamente sobre los paladines que combatieron por la independencia. Yo he dicho que me spongo la influencia de Hugo el año 30. ¿Cómo no ver la de Lugones actualmente?

La época es oportuna y una renovación literaria viene.

Las tutelas europeas han muerto; la tradición española está hecha pedazos por la sorprendente vulgaridad de sus literatos. Nos causan lástima, desde el historiador Galdós hasta el apacible Pereda, desde Valera, gracioso como una mujer y pescador del novelesco nombre de Juani, hasta el anglosajón Palacio Valdés. Y en cuanto a Francia, bien se ve que nos cuidamos mucho de que no nos estafe con su prestigio y ponemos gran cuidado en examinar prolijamente los libros que de allá nos vienen.

* * *

El libro de Quiroga está, en algunas partes, influido por Lugones. Esta noble influencia se manifiesta en los sonetos aunque *Las bocas anchas* veo que es puramente a la manera de Quiroga. Este soneto es el mejor hecho de todos, aunque *Los pequeños vapores*, siendo más sencillo, evidencia mejor el efecto final. Justo será hablar en este momento de la variedad extraordinaria de *Arrecifes de Coral* [sic]. Quiroga ha buscado caminos muy distintos en un año y esto prueba que en él existe esa inquietud activa, necesaria en todo literato joven y que más tarde da provechosos frutos. *Orellana* es una composición violenta que ha de gustar mucho a los americanos. A *La Solterona* pertenece a un género tierno, bastante mal explotado en América, que halaga dulcemente a la generalidad de los lectores. *El Juglar triste* y *El martes 24 de Noviembre*, de alguna analogía literaria con la anterior, son más propios de la índole de Quiroga, aunque en un terreno que creo ya no volverá a pisar, así como *Lemerre*, *Vanier y Ca.* y *Las pantallas de Fátima*. Y luego vienen *El Buque* y *Buenos Aires*, más hábiles que los anteriores, de las cuales puedo decir que cuando las leí por primera vez celebré un afecto

al marinero que ya no se borrarán más. A esta manera pertenecen tal vez *El Ataúd Flotante* y *Mi palacio de invierno*, que tienen un encanto literario sumamente sabroso y son sanos como un refresco en el rigor del verano.

Combate naval es un buen soneto del género fuerte, por más que bien se advierte la calma proverbial del autor en la gallardía casi festiva de los consonantes.

Estos son los versos del libro, fuera de los sonetos. Los sonetos señalan mayor deseo de subir y, desde *Italiana* a *Las bocas anchas*, que es el último, se nota un perfeccionamiento que sorprende, visible en la elección cuidadosa de los verbos y los consonantes, en la unidad poética del cuadro; en la preparación astuta para el final, en la exclusión de rarezas y extravagancias y en la soltura de las frases. No es alabanza decir que versos como los de este libro no han sido publicados todavía en el Uruguay; pero sin embargo bueno es dejarlo ligeramente apuntado.

La prosa abunda más. Yo creo que *El caballero tenía la barba azul*, *Pasifae*, *Al autor de La Dame Seule*, [A la señorita] *Isabel de Ruremonde*, y sobre todo, *Venida del primogénito*, es lo mejor. Esto último señala el adelanto mayor de Quiroga, una posesión franca de sus facultades.

Perdigona y sus hermanas, el obispo, los sobres con el nombre del primogénito, Estela, que dormía con lámpara encendida, son deliciosos aciertos, prueba de que Quiroga está en camino de escribir novelas, llenas de esa literatura serena que proporciona infinita delectación con su sabiduría apacible.

Este género tiene algunas afinidades como la manera más encomiable del D' Anunzio original, que se ha separado con *Las Vírgenes de la Roca* y *El Fuego* de las escuelas psicológicas y naturalistas, que tanto mal le han hecho. Lugones, en algunos cuentos, también ha explotado este género, sin detenerse mayormente, creo. Y a mi entender esa es la prosa más noble y literaria, y demuestra en su autor un equilibrio feliz y una bondad clara y distinguida.

Las páginas para *Al autor de la Dame Seule* y [A la] *Sta.* [sic] *Ruremonde* tienen una delicadeza de Francia, más intensa que la de Mendes, tal vez por ser cortas estas páginas, y demuestran en Quiroga, al haberse asimilado esa facultad de ternuras difíciles, un alma literaria sagacísima, pues es seguro que Mendes tiene la literatura más poética y original de Francia, en un sentido particular que bien han de apreciar los que lo quieren. Fuera de que la vaguedad viciosa con que Mendes habla de sus *Monstres* está conseguida también en esas páginas, con un cuida-

do que ha de hacer sonreír deseosamente a Roberto de las Carreras, ese libertino.

Había llovido... es de una especialidad ¿poeniana? No, algo parecido. Tampoco me recuerda la faz extraordinaria del insensato Maupassant, por más que alguien se atreviera a hacer con todo esto una irreparable confusión. Esta relación inquieta es de una alarmante vivacidad que Quiroga no ha vuelto a cultivar, y tiene varias frases excelentes, aunque la locura está rondando por allí. En cambio los *colores* son toda una infantil declaración de amor. Ciertamente, el comienzo es algo dificultoso de leer y las personas decididas pensarán maduramente allí qué partido tomar; mas yo les aconsejo una rápida lectura, porque la alegría interna se santificará con esas rosadas obleas, cuya comunión pone en estado de gracia.

Y yo quisiera que leyera dos veces el último color, pequeño y muñequil, que fue escrito con una elegante geografía a la vista, y que meditarán largo rato sobre Santo Toribio, *obispo americano que predijo su muerte*, y compadecieran sonriendo al rey, *delicado señor de salud exigua*.

Hay en el libro unas páginas que alguien llamaría, después de leerlas con cautelosa lentitud, sonetos en prosa. *Yo corría detrás de ti...*, *Los faros remotos*, *Sin haber llegado*, *Aquel primer episodio*, *Los cuarenta días*, *¿Quién podía?* pertenecen a esa especialidad y casi todos despiertan agudamente la atención para mostrar al final un efecto fuerte.

Hay una página nacida de *El tonel de amontillado*, el prodigioso cuento poeniano. Como todas las personas buenas, Quiroga siente por Edgar Allan Poe una asombrosa admiración y es común en nuestras medidas conversaciones detenernos a menudo hablando de ese yank[i] de un genio tan poderoso que no sé yo todavía a punto fijo si habrá habido otro poeta que se le pueda acercar. Yo bien conozco a Fortunado (y casi advertiría que Luchessi sigue siendo un imprudente catador de vinos); así fue que no pude contener mi alegría cuando lo vi aparecer en el libro de Quiroga después de un emparedamiento tan prolongado, y le hubiera estrechado la mano si él mismo no se hubiera evadido miedosamente por el muro.

Esta página muestra otra aptitud de Quiroga, que con el ejercicio puede darle sorprendentes resultados.

Y no me queda citar sino *El guardabosque [comediante]*, cuento ligero con una conclusión intensa; el último cuento, que siendo lo más prolongado del libro guarda en todo él una conversación serena del estilo, que es de una particularidad exclusivamente de Quiroga, y *Jesucristo*, de gran fuerza y valor.

Este es un examen ligero del libro. Podría indicar que el comienzo está premeditadamente menos intenso que lo demás. También es evidente que, en tantas maneras y estilos como ha escrito, Quiroga no ha perdido en ninguna ocasión su personalidad, lo cual le da una independencia poderosa. Yo quisiera manifestar modestamente que Quiroga tienta los caminos más poéticos que existen [en] la literatura, ya siguiendo el paso parroquial de la mulita de Francis James, a quien es fuerza desear abrazar después de *La pipa nueva* y *Le village*, ya apartándose siempre del naturalismo, que en verdad no está bien para esta época juvenil. Bueno sería constatar, porque más tarde tendremos pruebas de ello, que el aplomo sincero de *El caballero tenía la barba azul*, *Pasifae* y sobre todo *Venida del primogénito*, prometen para pronto un desenvolvimiento gracioso de las facultades del autor. Y si a esto se añaden la fuerza e intensidad con que está hecho este libro, la franqueza literaria de Quiroga, la ausencia en él de esas cobardías francesas (cobardías literarias) que han enflaquecido a tantos libros amarillos, y su edad temprana, tenemos una feliz combinación de accidentes que producen mi alegría y me hacen conjeturar muy venturoso porvenir para el galante literario.

Y digo para concluir que en la numerosa colección de proverbios que guardo en mi biblioteca –un regalo familiar– y estudio ligeramente los domingos, no he podido hallar uno oportuno, con el cual felicitar a Quiroga por su libro en medio de la admiración de los circunstantes. Quedan solo mis manos en acción que le expresan mi fe en su talento y la seguridad de que su carrera literaria será de las más famosas.